

ver que vale la pena trabajar con ilusión y como sin descanso por dar a conocer el mundo nuevo, que ya tiene su comienzo en este mundo y en parte es alcanzable.

La práctica de la nueva creación nos puede convencer de que la gracia es más poderosa que el pecado.

Por fin, en la nueva creación se halla como flor propia la *alegría*, que tanta falta hace al mundo de hoy, aprisionado con las cadenas del miedo y de la insatisfacción.

Ante la humanidad se levantan como modelos perfectos del hombre, llenos de vida y de energía humana, Jesús y su Madre, la Virgen María. Ellos ofrecen una humanidad real. Han pasado por este mundo, y hoy se encuentran en la plenitud de todo don y gloria.

Se me podrá objetar que ellos, Jesús y María, son paradigmas perfectos y que nosotros nunca podremos en este mundo igualarlos. Es cierto, nunca podremos igualarlos aquí abajo. Mas podemos acercarnos a ellos más y más, podemos entrar por grados en su paraíso y gozar ya de su belleza; y podemos llenarnos de esperanza gozosa de que un día veremos cumplidos todos nuestros deseos. La esperanza cristiana es ya una especie de posesión anticipada.

Lo que supone en y para María la redención en virtud del principio de recirculación

Por B. Monsegú, C.P.

I.—PRIMERA PARTE

1. PRELIMINAR

Si el misterio de la Redención entra en la estructura misma de la Iglesia, a la que confiere significación y dinamismo como sacramento; y si la historia de este misterio comienza a serlo realmente cuando el Verbo eterno de Dios entra en la historia, se hace El mismo historia, asumiendo nuestra carne, para constituirse en el auténtico sacramento de salvación para todos los hombres; entonces, no cabe imaginar una perfecta inteligencia de este misterio en su realización histórica y tal como estuvo prevista desde un principio en los planes de Dios, si no se hace entrar en ella a la Virgen María, en cuyo seno el Verbo se hizo carne, y no como quiera, sino pidiéndole previamente su consentimiento y disponiéndola antes para que fuera digna Madre suya.

Es este ser *digna* Madre de Dios y este haberla querido Dios asociada en un mismo decreto con su Hijo a la obra de nuestra salvación, junto con la fe y la obediencia prestada por ella a la palabra de Dios o del Ángel, que le pedía consentimiento para hacerla Madre suya, lo que realmente convierte a María no sólo en el fruto más excelente de la Redención sino también en causa de Redención.

Y es esto precisamente lo que me propongo estudiar a la luz sobre todo del llamado principio de recirculación, que, ontológicamente considerado, no expresa otra cosa más que la antítesis perfecta que debe existir entre el orden de la caída y el orden de la reparación en su concreción histórica y que lógicamente tiene valor por lo que la Escritura y la Tradición nos digan de él, aplicado a nuestro caso.

Sin olvidar que el principio tiene una amplitud que desborda los límites de la Mariología, comprendiendo todo el tratado del Verbo Encarnado.

Sus coordenadas principales son: Adán-Cristo; Eva-María; Serpiente-Ángel; Arbol-Cruz; Obediencia-desobediencia; pecado-gracia. Notando además, como lo hacía el Padre Bover, que «la denominación Nueva Eva, plenamente explicada, comprende también, además de la recirculación, la maternidad soteriológica, la solidaridad y la asociación»¹.

¹ José María Bover, S.I., 'Los principios mariológicos', *Estudios Marianos*,

2. EL DATO EVANGÉLICO MARIANO

San Mateo menciona a María en su Evangelio como Madre de Cristo Jesús Salvador (1, 16), al que presenta en sus brazos a la hora en que los Magos llegan a adorarle (1, 11); Lucas la hace jugar papel importantísimo a la hora en que el Verbo se hace carne y entra en la historia para ser Salvador nuestro (1, 26-38), mientras la hace parte activa al presentar al Niño Jesús en el templo, donde el Anciano Simeón le entreaire el misterio de salvación que viene a cumplir su Hijo y le anuncia el dolor salvífico en que ella misma tomará parte (2, 22-35); Juan la hace intervenir en las Bodas de Caná, cumpliendo una misión de mediación ante el Hijo (2, 1-12), y la presenta luego al pie de la Cruz, donde culmina la misión salvadora y se la confía una misión maternal (19, 25-27).

Indicios todos claros de una singular intervención de María en la obra de nuestra Reconciliación.

3. LA ENSEÑANZA DEL MAGISTERIO

Su Santidad Juan Pablo II, explicando las razones y motivaciones del Jubileo de la Redención, les decía a los miembros del Sacro Colegio² que no sólo hay que considerar a María como «el vértice de la Redención», sino también como «el fruto más sublime» de la misma; pues sobre ser la primera de las redimidas, su tipo de re-

III (Madrid 1944) p. 21. Sobre el tema, ofrezco esta selección: Matías José Scheeben - Carlos Feckes, *Madre y Esposa del Verbo* (Desclée de Brouwer, Bilbao 1955); Friedrich Jurgensmeier, *El Cuerpo Místico de Cristo* (Plantin, Buenos Aires 1956); J. B. Carol, *Mariología* (BAC, Madrid 1964); R. Bernard, O.P., *Le mystère de Marie* (Desclée de Brouwer 1954); M. J. Nicolás, O.P., *Theotokos. El Misterio de María* (Herder, Barcelona 1967); M. Cuervo, *Maternidad divina y Corredención mariana* (Ope, Villava-Pamplona 1967); J. Galot, S.I., *María en el Evangelio mariano* (Ope, Villava-Pamplona 1967); J. Galot, S.I., *María en el Evangelio mariano* (Ope, Villava-Pamplona 1967); J. Galot, S.I., *María en el Evangelio mariano* (Ope, Villava-Pamplona 1967); E. Schillebeeckx, *María, Madre de la redención* (Madrid 1969); Clement Dillenschneider, C.S.S.R., *Le mystère de la Corédemption Mariale. Théories Nouvelles* (Vrin, Paris 1951); Enrique del Sagrado Corazón, *Cristo y María único principio de salvación* (Herder, Barcelona 1964); G. Roscini, O.S.M., *Mariología*, t. II (Romae 1947); Llamera, M., O.P., 'El mérito maternal corredentivo de María', *Alma Socia Christi*, Acta Congressus, IV (Romae 1950) 81-140; D. Bertetto, S.D.M., *María Corredentrice* (Alba 1951); N. García Garcés, C.M.F., 'Cooperación de María a nuestra redención a modo de sacrificio', *Estudios Marianos* 2 (1943) pp. 195-247; J. M. Bover, 'Redempta et Corredentrix', en *Marianum* 2 (1940) 23-58; J. A. de Aldama, *Temas de Teología Mariana* (Madrid 1966); *Mariología, seu de Matre Redemptoris*, 4ª ed. (BAC, Madrid 1961); D. Bertetto, *María, Madre universale nella storia della salvezza*, 3ª ed. (Firenze 1969); A. Feuillet, *Jesus et sa Mère... Le rôle de la Vierge Marie dans l'Histoire du Salut et la place de la femme dans l'Eglise* (Paris 1974); C. Pozo, *María en la obra de la salvación* (BAC, Madrid 1974); *María en la Escritura y en la fe de la Iglesia* (BAC, Madrid 1979); Varios, *Enciclopedia Mariana Posconciliar*, Dirigida por la Sociedad Mariológica Española (Coculsa, Madrid 1975); E. Llamas, 'La cooperación de María a la salvación. Nueva perspectiva después del Vaticano II', en *Scripta de María* (1979) pp. 42 ss.

2 OR. 24-12-82.

dención no tiene par en criatura alguna. Y esto, no sólo por lo que toca al grado sino también al modo o especie de redención.

Tan libre de pecado, que fue preservada de caer en él; y tan llena de gracia, que por lo que sobrabundó en ella por los méritos del Hijo, quedó capacitada para ser asociada a la misma obra redentora de Cristo. Y es que, concretamente, en la presente economía, el Dios de la Encarnación es el Dios de la Redención. María es pues sencillamente Madre de Jesucristo Redentor.

Dando su consentimiento deliberado a ser Madre de Jesús Salvador, María se constituye también en Madre del Redentor y en Madre de los redimidos, pues como tal le acepta y como tal le ofrece, y donde está la Cabeza allí están los miembros. No sólo al cuerpo físico del Hijo, sino también al Cuerpo Místico del mismo, o Iglesia. María concurre a formar, pues con su *Fiat* hace que Cristo tome carne en su seno; y, consciente de los fines salvíficos del Hijo, que se harán realidad para nosotros en su Iglesia, al consentir en ser Madre del Hijo por naturaleza, se hace también Madre de los hijos por adopción.

Tanto más que luego consentirá también en la obra salvadora del Hijo, acompañándole desde el nacimiento a la muerte. Está pues presente en el momento de la adquisición de la gracia y en el de su aplicación o distribución a nosotros por el misterio de la Iglesia, sacramento universal de salvación que hace perenne la obra Salvadora del Hijo. El Cristo Místico no es sustancialmente otro distinto del Cristo físico, sino el mismo, aunque de otra manera. Algo así como son sustancialmente idénticos el sacrificio de la Misa y el sacrificio del Calvario.

Santo Tomás da otra razón, y es la de que María entra por la Encarnación en los confines del orden hipostático, y la gracia que recibe es tanta que la conforma plenamente con Cristo, haciéndola *digna* Madre suya y capacitándola para ser Madre de la Iglesia cristiforme y cristífera. Mereció recibir de Cristo más que nadie y que de lo recibido pudiera hacer merced a los demás³.

María hace plenamente suyo el misterio salvador, tanto como liberación del pecado como comunicación de la gracia. Comulga plenamente con Cristo en ese misterio, y comulga con nosotros. Y de sacramento de salvación, que es la Iglesia, María no es sólo base y vértice sino también concausa y Madre.

La Santísima Virgen, predestinada desde todo la eternidad como Madre de Dios quedó, por la encarnación del Verbo, según dice el Concilio Vaticano II, constituida Madre excelsa del divino Redentor... «Concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo al Padre en el templo, padeciendo con su Hijo cuando moría en la

3 Ibid. Cf. III, q.2.a.7 y Suárez, in III,q.27.d.1. sect 2, también: Cf. M. J. Nicolás, 'L'appartenance de la Mère de Dieu à l'Ordre hypostatique', en *Etudes Marianas* (1937) 147-81.

cruz, cooperó de forma enteramente *impar* a la obra del Salvador con la obediencia, la fe, la esperanza y la ardiente caridad, con el fin de restaurar la vida sobrenatural de las almas. Por eso es nuestra madre en el orden de la gracia» (LG n. 61).

Sin perjuicio pues —continúa el Concilio— de lo que la Iglesia afirma sobre el Salvador y Mediador Unico, Cristo Jesús, la mediación de María y su cooperación o participación en la obra redentora no añade nada a la dignidad y eficacia de Cristo Salvador. Pero este reconocimiento debe hacerse compatible también con una posible cooperación de las criaturas, participada de la única fuente, que no amengua sino que enaltece la dignación de Dios y su infinito poder redentor.

Y «la Iglesia no duda en confesar esta función subordinada de María, la experimenta continuamente y la recomienda a la piedad de los fieles para que, apoyados en esta protección maternal, se unan con mayor intimidad al Mediador y Salvador» (LG n. 62). Por donde, *habiendo cooperado* con su amor a que naciesen en la Iglesia los fieles como miembros de la Cabeza, Cristo, queda proclamada miembro excelentísimo y enteramente singular de la Iglesia, convertida en tipo y ejemplar de toda virtud y acreedora a que la Iglesia Católica, instruida por el Espíritu Santo, la venera como madre santísima, con afecto de piedad filial (LG n. 53).

Doctrina conciliar que Pablo VI haría suya, explicitándola, cuando, en pleno Concilio, con fecha 21 de noviembre de 1964, proclamaba a María, Madre de la Iglesia, a la hora misma en que sancionada la Constitución *De Ecclesia*.

Ella es, dentro de la Iglesia «la parte mayor, la parte mejor, la parte principal y más selecta», según frase de Ruperto⁴. Y si la esencia íntima, la principal fuente de la eficacia santificadora de la Iglesia hay que buscarla en su mística unión con Cristo, unión de la que es imposible separar a la Madre del Verbo encarnado, ya que Cristo quiso que fuera así «para nuestra salvación», entonces, todo lo que el Concilio ha dicho sobre la comprensión del misterio de Cristo y su Iglesia y sobre las estrechas relaciones de María con ambos nos lleva a concluir que María no sólo ocupa un puesto privilegiado dentro de la Iglesia, sino que ella ejerce respecto de todo el pueblo cristiano y de la misma Iglesia una auténtica función maternal, razón por la cual nos proclamamos a María Santísima Madre de la Iglesia.

El destino maternal de María explica no sólo que, en atención a esa maternidad divina, fuese la suya una existencia concebida en gracia por virtud de los méritos del Hijo, que quiso hacer de ella primicia de Redención, sustrayéndola a la ley general del pecado original; sino también, el que esa gracia de redención preventiva alcanzase en María su plenitud redentora, de forma que resultase a un

4 PL 168, 10, 434.

tiempo primicia y vértice de Redención, como dice Juan Pablo II, redimida y corredentora.

El reino escatológico de Cristo y de Dios —decía también— en la alocución dominical del 27 de nov. de 1983 —que llegará a su cumplimiento— cuando el Señor sea todo en todos; y que está ya presente «en misterio, dentro de la historia, como está también presente en la realidad de la Iglesia, sacramento de salvación, tiene sus esplendores más altos en María, la preservada totalmente de la opresión del mal. «María, Madre de Cristo y discípula fiel de la Palabra, entró en plenitud en el reino. Toda su existencia de criatura amada por el Señor (kejaritomene) y animada por el Espíritu, es testimonio concreto y preludio de las realidades escatológicas.

«La Virgen María, signo y anticipo de los bienes futuros en su vida terrena, glorificada ahora junto al Cristo Señor, es imagen y cumplimiento del reino de Dios. Es la primera que siguió a Cristo «primogénito entre muchos hermanos», primogénito de toda criatura nueva», y «cabeza de la Iglesia» (cf. Col 1, 18-20). La primera que ha heredado la gloria. La glorificación de María, nuestra hermana, es la confirmación más espléndida de la palabra de la Escritura: «Con Cristo (EL) nos ha resucitado y sentado en el cielo con El» (Ef 2, 6). Su entrada en el reino escatológico de Dios es prenda y garantía de la participación de toda la Iglesia, Cuerpo de Cristo, en la gloria del Señor⁵.

La presencia salvadora de Dios sobre María no fue un mero símbolo, no una consagración simbólica, no una santidad meramente externa, litúrgica o jurídica —como nota el P. Aldama— sino una presencia realísima a la que sigue una santidad intrínseca fundamentalmente renovadora y divinizadora. Y la presencia trinitaria unida inseparablemente al estado de gracia, que nos hace templos vivos de Dios, a María la hace de un modo especialísimo además templo del Verbo de un modo propio y exclusivo. Y a esa presencia única corresponde una santidad única también⁶.

La función maternal de María, como instrumento elegido por Dios para darnos al Salvador Redentor, no queda en mera instrumentalidad funcional. Aparte que lo maternal es algo más que pura instrumentalidad, lo que hay que resaltar es que María sirvió al misterio de un modo consciente y libre, como lo prueban las palabras de la Anunciación. Y su maternidad, por humana y por divina, hace de ella la criatura más perfecta, el «signo de lo excepcional». En María los extremo se tocan. Tan excepcionalmente redimida que llega a ser corredentora.

⁵ *L'Osservatore romano*, edic. española, 27-11-1983.

⁶ J. Aldama, *Temas de teología* (Madrid 1968) pp. 27 ss.

4. JUNTO AL MAGISTERIO, EL RAZONAMIENTO TEOLÓGICO

Ambos a dos hacen ver que esto no es malabarismo teológico, sino que «es el plan de Dios. Es que María en ese plan —escribe el P. Aldama— tiene su signo propio destacadísimo: el signo de lo excepcional. Ese signo polariza todos sus privilegios, todas sus grandezas... María es la mujer excepcional, encarnación viva de un amor excepcional de Dios. Hay dos polos que establecen esta maravillosa tensión de amor divino que es la figura histórica de María. Uno es la gracia de la redimida. Otro es la gracia de la Corredentora. Del amor de Dios, que la hace objeto de una redención singular, al amor de Dios que la asocia al Redentor en su propia obra, oscila todo el prodigio divino de María. Ni sólo redimida, ni sólo corredentora. Ambos extremos, que parecerían antitéticos, están divinamente enlazados en un amor de predilección, en una singularidad de amor»⁷.

Y el fundamento y la razón teológica de todo ello está, como lo está de todo cuanto de singular y excepcional supone el ser de María, en su condición de Madre de Dios, de Cristo Salvador. Todas sus prerrogativas y privilegios arrancan de ahí. Esa es la clave de interpretación de una melodía teológica que sólo le va bien a María y que ninguna otra pura criatura puede cantar.

Dentro de esta clave y en esa melodía, la nota más alta la da el hecho de que María, por ser Madre de Dios, entra en los confines del orden hipostático, pues su maternidad se ordena intrínsecamente a la unión del Verbo con la naturaleza humana, que se realiza en su seno y que la hace sencillamente madre de una Persona que no es humana sino divina, aun siendo de naturaleza humano-divina.

De manera que no es sencillamente por el hecho de que en su seno se realizó la unión del Verbo con la naturaleza humana por lo que María entra en el orden hipostático, sino porque, eficazmente, ella, con su actividad maternal, concurrió de un modo directo e inmediato a que el Verbo eterno de Dios apareciese en el tiempo como hombre, juntando en una misma Persona, que llamamos Cristo, la naturaleza divina, que ya poseía El desde toda la eternidad, y la naturaleza humana, que le dió María cooperando el Espíritu Santo.

La predestinación de María desde toda la eternidad fue a ser Madre de Cristo, Madre de Dios, a ser lo que fue, por naturaleza y por gracia. Física y metafísicamente —escribimos en nuestro libro *Páginas actuales sobre la Virgen de siempre*⁸, María, Madre de Dios, responde al arquetipo de una maternidad querida por Dios para que su Verbo tomase carne humana y cumpliera en esa carne el plan redentivo de la Encarnación en la presente economía. Por eso la

Virgen Madre, que dió su Sí a la Encarnación, lo dió también a la Redención. Aceptó a Cristo como Redentor. Y la Redención es en ella primicia y vértice, pues sobre redimida la hace corredentora.

María entra de lleno en el misterio del Cristo total, como Verbo de Dios encarnado, que, al hacerse hijo suyo, la mete en los confines del orden hipostático; y, como Cabeza del humano linaje redimido en cuya dimensión divino-humana nadie como María fue introducida ni puede mejor introducirnos. Son casi palabras de Juan Pablo II, que escribe:

«Nadie como María sabrá introducirnos en la dimensión divina y humana de este misterio. Nadie como María ha sido introducida en él por Dios mismo. En esto consiste el carácter excepcional de la gracia de la divina Maternidad. No sólo es única e irreplicable la dignidad de esta Maternidad en la historia del género humano, sino también única, por su profundidad y por su radio de acción, es la participación de María, imagen de la misma Maternidad, en el designio divino de la salvación del hombre a través del misterio de la Redención»⁹.

Hay pues una vinculación necesaria y estrechísima entre el ser maternal de María, los designios salvadores de Dios en su Cristo, los pensares y los querer de María respecto de toda la obra de su Divino Hijo en orden al activo cumplimiento de la misión sotereológica que le hizo descender a su seno para tomar de ella, previo su consentimiento, la carne que sería el sacrificio de nuestra salvación.

«El misterio de la Redención se ha formado, por así decirlo, bajo el Corazón de la Virgen de Nazaret, cuando pronunció su «fiat» —dice Juan Pablo II—, en la *Redemptor hominis*. Y desde ese momento, sigue siempre la obra de su Hijo y va hacia todos aquellos que Cristo ha abrazado y abraza continuamente con su amor inextinguible. Por ello este corazón es fuente de amor inagotable. «La característica de este amor materno que la Madre de Dios infunde en el misterio de la Redención y en la vida de la Iglesia, encuentra su expresión en su singular proximidad al hombre y a todas sus vicisitudes. En esto consiste el misterio de la Madre... El eterno amor del Padre... se acerca a cada uno de nosotros por medio de esta Madre»¹⁰.

Nadie como María participó del amor y de la misericordia divina culminando en el sacrificio de la Cruz. De este misterio tuvo un conocimiento experimental único. Lo acogió plenamente en su corazón y Ella es «la que a través de la participación escondida y, al mismo tiempo incomparable en la misión mesiánica de su Hijo ha sido llamada a acercarse a los hombres al amor que El había venido a revelar»¹¹.

⁷ J. A. de Aldama, *Temas de teología Mariana* (Madrid 1966) pp. 36-37.

⁸ B. Monsegú, C.P. ver pp. 19-26. Cf. M. Cuervo, *Maternidad divina y Corredención Mariana* (OPE 1987).

⁹ Juan Pablo II, 119 (1979) p. 607.

¹⁰ *Ibid.*, 608.

¹¹ *Idem*, III (1980) pp. 1310-11.

5. DE NAZARET AL CALVARIO

La misión salvadora del Hijo de Dios, Verbo eterno, consistente en dar la vida divina al hombre, comienza —decía Juan Pablo II en una de sus homilias¹²— en el momento mismo de la Encarnación, cuando se hace carne en el seno de la Virgen. Entonces se inicia la misión del Hijo en el Espíritu Santo; este desciende primero sobre ella para constituirla Madre del Hijo de Dios, realizando el desposorio de la divinidad con la humanidad; y constituirla al mismo tiempo Madre nuestra, ya que es el mismo Espíritu del Hijo quien obra la maternidad divina de María y obra también, en el seno de la Iglesia, esa otra maternidad por la que todos somos engendrados a la vida de la gracia, recibiendo el espíritu de adopción que Cristo, nuestra Cabeza, nos da en virtud de la misión redentora y salvífica que le llevó a tomar carne en el seno de la Virgen.

Sin embargo, esto no quiere decir que hagamos consistir la obra redentora precisamente en el misterio de la Encarnación. Porque cifrar la esencia de la Redención en la Encarnación, según ya advertía el P. Lennerz equivaldría a decir que quien nos redime es la Trinidad, cuando la verdad es que quien nos redimió fue *Cristo encarnado*, con su voluntad no sólo divina sino también humana, y ésta antes de la Encarnación no existía. De Jesucristo Redentor no puede hablarse sino cuando ya existe, es decir cuando, concebido ya por obra del Espíritu Santo en el seno de María, actúa como realidad teándrica, esto es, como Dios y Hombre a la vez.

Pero también es verdad que la Encarnación es una obra trinitaria de extra, y que, sin que ello lleve a decir que la esencia de la Redención está ya en la Encarnación ni que sea propiamente la Trinidad quien redime, puede y debe decirse que la Encarnación se realiza en función o misión redentora, es virtualmente redentiva; y quien contribuye a la obra de la Encarnación contribuye a la obra de la redención, según su naturaleza y modo de ser.

Por eso María, que es Madre del Hijo de Dios encarnado, y encarnado justamente como Redentor y Salvador nuestro, pues lo acepta en plan salvífico, según parece desprenderse de las palabras del Ángel y es enseñanza transmitida por los Padres y Doctores de la Iglesia, que ha hecho suya el Magisterio oficial de la Iglesia, es verdaderamente corredentora pronunciando el Sí de la Encarnación. Concibe a Cristo, *verbo et opere*, creyendo y obedeciendo a la palabra del Ángel, a la palabra de Dios, y disponiendo la carne que había de ofrecerse en sacrificio por nuestra salvación.

Dicho con palabras del P. Sträter: «María per actus suos meritorios, precipue per consensionem in mortem Jesu, Filium determinat, ut valorem satisfactorium et meritorium sacrificii sui, qui primarie Mariae ipsi destinatus erat, etiam pro ceteris omnibus homi-

nibus offerat; Pater acceptat immediate intercessionem Filii sese sacrificantis, mediate in hac acceptatione exaudit supplicationem Mariae. Hoc modo Maria sensu stricto est Corredentrix in redemptione generis humani, cui ut causa moralis comparationem thesauri gratiarum procurat»¹³.

No se puede, por tanto, prescindir de María en la consideración del misterio redentor, ya que la historia y la fe nos la presentan como pieza clave en el plan adoptado por Dios para salvarnos, y hace de su cooperación pieza esencial; ni tampoco podemos ya prescindir de María en orden a conseguir que los designios salvíficos de Dios se cumplan en la historia o se vayan haciendo salvación nuestra en el sacramento de la Iglesia, instituida precisamente para hacer permanente la obra redentora: *ut opus redemptionis perenne redderet* —que dijo el Vaticano I—. Iglesia de la que María es Madre y en la que sigue prestando a los hijos los mismos cuidados maternales que prestara al Hijo, pues si su maternidad divina termina en Cristo, cuyo ser humano lo engendra en sus entrañas, su maternidad espiritual alcanza a todos los hombres, a todos los cristianos, que son llamados a hacer unidad con Cristo, regenerados por gracia en el seno sacramental de la Iglesia, de la que María, con justa razón, se dice también Madre: Madre de Cristo y Madre de los cristianos.

La Comisión Teológica Internacional, en su trabajo sobre «algunas cuestiones relativas a la Cristología»¹⁴ declara que «en el conjunto de la Redención no se puede omitir la cooperación especial de la Virgen María al sacrificio de Cristo. Su consentimiento ha sido permanente desde el primer asentimiento a la Encarnación. Representa (ese consentimiento) la perfección suprema de la fe en la Alianza eterna, como bien lo declara la *Lumen gentium* (n. 61)».

Donde se deben notar dos cosas: que la cooperación de María es insoslayable (no se debe omitir) en el conjunto de la obra redentora, y que esa cooperación fue, bajo todos los aspectos, especialísima, no sólo a la hora de la encarnación sino también en el momento culminante redentivo: el del sacrificio sobre el Golgota, donde también estuvo presente la cooperación y el consentimiento de María. Cooperación a la redención objetiva que lleva, lógicamente, a su cooperación a la aplicación subjetiva de los frutos de la Redención a todos y cada uno de los redimidos. Pues aquella se ordenaba a ésta.

Y parece lógico que lo que Cristo quiso hacer, contando con el consentimiento y la cooperación de su Madre para posibilitar nuestra reconciliación con Dios, lo quiera también para que, de hecho, entre cada uno de los redimidos en el reino de la luz y de la gracia inaugurado por Cristo, concurriendo no sólo de un modo ejemplar

¹³ En *Gregorianum* (1944) pp. 9-37.

¹⁴ Ver *Esprit et Vie* 90 (1980) pp. 609-20.

¹² Op. cit., vol. II (1979) pp. 813-15, Hom. en Pompeya 21-X-79.

sino también causa eficiente a que la gracia de Dios se infunda en nuestras almas y se obre nuestra santificación por el mismo Espíritu y en el mismo Espíritu que la dispuso a Ella para ser digna Madre de Dios.

Y no se trata de algo puramente moral, o que nazca del hecho que los cristianos nos volvemos hacia María con amor filial, sino de algo más profundo y comprometido. Se trata, al decir de Scheeben¹⁵ de una actividad verdaderamente maternal procreadora, por la que María contribuye a la obtención de la gracia o vida espiritual de los redimidos, tanto cuanto una madre natural a la obtención de la vida natural de sus hijos. María colabora con Cristo, cepa espiritual de la humanidad redimida, en unión esponsalicia con El, como miembro orgánico entre El y sus hijos, con la misma intimidad y eficacia con que, en la procreación natural, la madre colabora con el padre». Así como Cristo nos procrea paternalmente por su Pasión aceptada en un acto de obediencia amorosa, así María nos procrea maternalmente, con su compasión, que no es acto sólo de benevolencia y amor misericordioso hacia el Hijo que sufre, sino también consentimiento efectivo en la decisión y en la pasión del Hijo, cuyo sacrificio hace suyo, haciendo suyos los fines salvíficos que lo motivan.

Así María, la digna Madre de Cristo, junta con su maternidad física respecto del Redentor, (maternidad que por ser *digna* no es algo meramente corporal, sino también algo espiritual, que la compromete moralmente con los fines del Hijo) esa otra maternidad que decimos comúnmente espiritual, pero que no se reduce a algo meramente moral, sino que «indica una relación orgánica y real a María, como orgánica y real es la relación con que está unido el miembro al Cuerpo Místico de Cristo... No es que el Cristo físico sea igual al Cristo místico —advierde F. Jürgensmeier—, sino que aquí, como allí, se trata del único y mismo Cristo: el Cristo de la Encarnación y de la Cruz, con los miembros que le están unidos e incorporados en la unidad de un cuerpo.

Como María es la Madre corporal del Cristo físico, del mismo modo es la *madre espiritual de todos los miembros de la humanidad justificada*, a los que Cristo, Cabeza, une consigo como a miembros. Existe por tanto una relación real de maternidad de parte de María hacia los miembros místicos de Cristo: relación que es óptica en la misma medida en que lo es el Cuerpo Místico».

Por el misterio de la Encarnación Redentora el papel de María frente a Cristo llena cumplidamente, y lo trasciende, el de Eva en los principios del género humano. Ella es la mujer por excelencia de la nueva alianza. «Y Ella es, en segundo lugar, la Madre sin cuya cooperación el plan divino redentor no habría tenido lugar»¹⁶.

¹⁵ Scheeben, Dogmatic III, p. 614.

¹⁶ Jürgensmeier, *El Cuerpo Místico de Cristo* (Edic. Plantin, Buenos Aires

Su SI maternal es el arquetipo del que la Iglesia debe decir continuamente a Cristo, su Esposo. Y, como María, se constituye Madre espiritual de todos los hombres bajo la acción del Espíritu Santo. Y si con el *fiat* de María dio comienzo la recreación de la nueva humanidad, también, en y con María, la Iglesia prolonga sacramentalmente el *Opus Redemptionis*.

En María y con María la salvación esperada desde los primeros tiempos de la caída se cumple en la plenitud de los tiempos, cuando, con la llegada del Salvador, «nacido de mujer», la mujer María, se instaura la nueva economía de salvación (*Lumen gentium*, 55), la que culminará en el Calvario, cuando del sacramento de la pasión de Cristo, *sacramentum Passionis*, brotará el sacramento universal de salvación que es la Iglesia, presente también María.

Quiere significar esa presencia (y de ello las palabras de Jesús a su Madre y al discípulo amado son testimonio elocuente) que, como la quiso a su lado a la hora de nuestra redención por la cruz en el sacramento-sacrificio de su Humanidad crucificada, muerta y resucitada, así la quiere también presente y maternalmente actuante en el sacramento de la Iglesia, que perpetúa el *opus Redemptionis*.

Y no siendo el cuerpo místico de Cristo otro distinto del Cristo del Calvario, ya que el sacramento está precisamente para significar y causar el misterio de la identidad y contemporaneidad entre lo que aconteció en el Calvario y acontece ahora en la Iglesia y acontecerá hasta el fin de los siglos, no puede no ser llamada a estar presente e intervenir en todo el proceso de salvación que despliega la Iglesia, como cuerpo místico de Cristo, aquella que siendo madre del Cristo que muere en el Calvario para redimirnos, sigue siéndolo también de ese mismo Cristo que perpetúa su obra redentora en el sacramento de su Iglesia.

La que coopera a la fase de adquisición de la gracia consintiendo en ser Madre del Redentor y haciendo suyos los sentimientos y sufrimientos por los que fuimos redimidos, ha de cooperar también a la fase de aplicación de los frutos de la Redención. Pues hay identidad y continuidad sustantivas entre el momento objetivo de la Redención y su momento subjetivo o de aplicación de aquello a nuestra salvación.

¿Y no cabe ver también un signo de todo esto en la presencia e intervención de María en las bodas de Caná, cuando por primera vez Jesucristo se manifiesta públicamente y hasta adelanta su hora realizando el primero de sus milagros, para venir en ayuda de los convidados y los esposos, movido por el ruego de su Madre? «María —decía Juan Pablo II en la allocución dominical del 5 de febrero de 1984— no sólo recibió al Salvador y lo dió al mundo, sino que puso su vida enteramente al servicio del misterio de la salvación. Esta obra

1936) p. 328; A. Feuillet, *Jésus et sa Mère... Le rôle de la Vierge Marie dans l'histoire du salut et la place de la femme dans l'Eglise* (Paris 1974) pp. 220 ss.

suya se revela con particular evidencia en el misterio de Caná «que presenta un contenido altamente teológico y simbólico»¹⁷. Personificación del Pueblo de Dios, María no sólo lleva a perfección la actitud del pueblo de la Antigua Alianza, sino que también suscita, prepara y guía la que debe tener el nuevo. En Nazaret, en Caná, en el Calvario, en el Cenáculo María cumple una misión salvadora¹⁸.

II.—SEGUNDA PARTE

1. EN VIRTUD DEL PRINCIPIO DE RECIRCULACION

Si en la generación temporal del Verbo, el elemento femenino representado por María tiene (la intervención divina aparte) casi la exclusiva, pues, como ha notado K. Barth, «el hombre *en tanto que ser masculino es excluido*», ello parece significar no sólo el puesto relevante o de primer plano que corresponde a María en la inauguración histórica de la nueva creación, sino también en la misteriosa fecundidad que, a partir del Primogénito del Padre (que lo es también suyo por generación temporal) desborda de su seno y se derrama por el mundo entero hasta la consumación de los siglos.

La participación de María en la Encarnación Redentora es única y exclusiva; por su maternidad divina, la Virgen dice una relación con el Padre que no cabe en los cuadros de las demás relaciones de las criaturas con el Creador.

Y, respecto a nosotros cumple con el papel de Nueva Eva. Pero colocada en una posición de preeminencia suma con respecto a la primera, ya que lo que de ella nace es exclusivamente suyo en lo humano, y es además, Hijo de Dios; mientras que lo de Eva ni fue exclusivamente suyo ni fue una persona divina.

Por tanto, la posición de María es del todo singularísima y a la par adecuadísima a su condición de Nueva Eva, porque María frente a Cristo prolonga, trascendiéndolo, el papel que el Creador asignara a Eva en los orígenes¹⁹.

Sin María, sin su sí y su cooperación, la Encarnación Redentora no sería un hecho. Y sin María, sin su cooperación, el don divino del Hijo y todos los demás dones y bienes que con El nos vinieron, tampoco tienen explicación.

Lo poco que se nos dice de María en los Evangelios es lo suficiente para entrever que la cooperación salvífica de María no termina con el sí de la Encarnación y el alumbramiento de su Divino Hijo, sino que se prolonga a lo largo de toda la obra redentora,

17 L'O.R., 5-II-84.

18 Ibid.

19 A. Feuillet, op. cit., p. 215.

perpetuándose en el tiempo en el *opus redemptionis* perpetuado por el sacramento de la Iglesia.

El sí de María fue tan radical y absoluto que hizo suyo todo el plan redentor, convirtiéndola, al decir de Alberto Magno, en la fiel esposa y ayuda del Nuevo Adán, haciendo propios los sentimientos y las decisiones del Hijo, en la fase activa de la redención objetiva y en la de su aplicación subjetiva. Hizo suyos los sufrimientos del Hijo en el Calvario y participó como ninguna otra criatura en la expiación y reparación implicadas por el misterio redentor.

En nadie como en María se derramó el Espíritu Santo, alma de toda la Iglesia, y la Iglesia misma tiene en María su realización más santa y plena. El arquetipo es María. Cuantos nacen a la vida de la gracia son hijos de la Iglesia, pero también son hijos de María. Porque de la Redención María es verdaderamente primicia y vértice y casi diría madre.

Se ha observado ya muchas veces que, tanto el cuarto evangelio como el Apocalipsis, tienen de común relacionar a la Virgen María con la primera mujer del Génesis²⁰. Y, además, a María con la Iglesia, pues la perspectiva eclesial hace su aparición tan pronto como se menciona a la Madre de Cristo (19, 31-37), tanto al final del relato joaneo de la Pasión como en el versículo 6 del capítulo 12 del Apocalipsis²¹.

Observa a este propósito Feuillet que esto obliga a ocuparse del papel de la Virgen en la historia de la salvación, tan indispensable y útil para esclarecer el papel de la mujer en la Iglesia, y, sobre todo, el propio papel de María en la economía de la salvación, la mujer por excelencia, economía que alcanza a todo el género humano. Ni la creación del hombre, estando a los relatos del Génesis, tiene su manifestación completa más que comprendiendo en ella a la mujer, pues el hombre no es sólo lo masculino sino también lo femenino; ni su Redención (otra especie de nueva creación) tampoco, si en esta, lo masculino y lo femenino, es decir el Hombre —Dios y la mujer Madre de Dios, no se integran y complementan debidamente.

El tratamiento teológico del misterio de María se justifica no porque María aparezca citada en la Biblia, sino porque María tiene positivamente un papel efectivo en la historia de la salvación, no tanto por sus privilegios personales cuanto por su participación activa en el plan redentor²², participación que es de tal naturaleza, según advierte el P. Pozo que la sitúa en un plano distinto y superior al de los demás hombres, pues supone no sólo una participación pasiva de la Redención (con los privilegios y prerrogativas de la

20 A. Feuillet, op. cit., pp. 201 ss.

21 Ibid.

22 Candido Pozo, *María en la obra de la salvación* (BAC, Madrid 1974) p. 6.

Señora, habida cuenta de su condición de Madre de Dios) sino también una cooperación activa a la misma obra redentora.

Es por esto, concluye Rahner²³, por lo que la Mariología se inserta con todo derecho en la teología como historia de salvación y esfuerzo de intelección y deducción de las virtualidades del misterio, es una auténtica antropología teológica del hombre, pero con un signo y una aportación positiva a la obra redentora que la coloca en un plano superior al de los demás hombres²⁴.

Y a su vez, bajo otra perspectiva, tenemos en la primogénita de los redimidos, un punto maravilloso de referencia no sólo para entrar en el mejor conocimiento del plan divino salvador, llamando a la mujer a participar, de un modo tan activo y eminencial, en él, sino también para la elaboración de una antropología sobrenatural, destacando la significación de esta Mujer en la historia, y la influencia sobrenatural ejercida por María sobre la Iglesia en general, desde que la vemos presidiendo la reunión de los Apóstoles en espera del descenso del Espíritu Santo, hasta que asistimos a su constante intervención en ayuda de la misma a lo largo de los siglos; intervención bien palpable en la historia de tantas almas que gracias a María consolidaron y llevaron a su expansión más alta la gracia cristiana de que María es llamada Madre, Madre de la divina gracia.

María está como modelo de fidelidad y de compromiso con Dios, de obediencia y de humildad y de aceptación del dolor como medio probativo del amor en el sacrificio.

Y la cooperación de María a la obra de nuestra salvación no se reduce solamente al hecho de su ministerio maternal, cooperando con el Espíritu Santo a que el Verbo tomase nuestra humanidad en sus entrañas, y a que, como nueva Eva le acompañase a lo largo de su vida, compartiendo sus trabajos y sus sufrimientos estando a su lado, sufriendo, copadeciendo y ofreciendo a la hora en que el Redentor se ofrecía en sacrificio para sellar con su sangre el pacto de la nueva alianza que asumiría a los hijos por adopción, incorporándolos al misterio del Hijo único por naturaleza, en el sacramento de la Iglesia; sino que se extiende a la misma acción que en el Cuerpo Místico de Cristo se desarrolla por obra del Espíritu Santo, cooperando con él a la comunicación de la vida divina que Dios da a los hombres en el seno de la Iglesia, de la que la Virgen es también Madre.

Si la teología católica, fundada en la Escritura (1 Cor 3, 4; 15, 10) ha admitido siempre la cooperación activa del hombre a la acción del Espíritu Santo para la propia santificación personal y la santificación de los demás, en virtud del dogma de la comunión de los santos, ¿cómo vamos a negar a María este género de cooperación, en un grado del todo excepcional, habida cuenta del principio de

23 K. Rahner, *Maria Mutter des Herrn* (Freib. i.B., 1956) p. 16 ss.
24 *Ibid.*, p. 5.

singularidad que rige los destinos de María, concurriendo de un modo maternal a la obra redentora misma de Cristo en el Calvario, y a su perpetuación en el Cuerpo místico o Iglesia en cuyo sacramento se nos aplican los frutos de la Redención²⁵. María continúa así su actividad de Madre, reproduciendo a Jesucristo en las almas, prolongando el concurso prestado a la encarnación de Cristo-Cabeza en esta otra colaboración connubial con el Espíritu Santo en la obra de nuestra santificación, por la que se constituye verdadera Madre espiritual nuestra y se hace como Esposa del Espíritu Santo.

Si el designio salvador comienza por hacerse carne en María, Madre del Hijo que salva, que queda así, por su condición de Madre de Dios y por las gracias y privilegios que conlleva (concepción inmaculada, virginidad perpetua) dispuesta para cumplir una misión única y excepcional dentro del misterio redentor, tanto en lo que toca a la adquisición de la gracia como en lo tocante a su aplicación a los hombres, ¿es posible imaginar que para la actualización de la Redención en nosotros, superando los obstáculos que, hoy concretamente, dada la secularización y desacralización de las instituciones y el ambiente que nos rodea, pueda haber recurso alguno más eficaz que el de María, la que de Nazaret al Calvario aparece como representante de toda la humanidad, consintiendo en la Encarnación y aceptando al pie de la cruz la misión de Madre que le confiaba el Redentor expirante sobre la misma? ¿En quién, como en ella, depositar nuestra esperanza, pues sólo tiene corazón de Madre, pidiéndola que vuelva hacia nosotros esos sus ojos misericordiosos, y tomándola como modelo de fidelidad a Dios y al plan redentivo querido por Dios en su Cristo para todos los redimidos?

Redimida de un modo eminente, unida a Cristo con el vínculo más estrecho e indisoluble, por su condición de Madre del Hijo de Dios, y unida también, por su stirpe de Adán, con todos los hombres que necesitan de salvación, es por eso y «por haber cooperado con su amor a que naciesen en la Iglesia los fieles, como miembros de la Cabeza (Cristo)», no sólo miembro excelentísimo y singular de la Iglesia, tipo y ejemplar acabadísimo de la misma, sino también madre amantísima a la que hemos de volvernos con afecto de piedad filial»²⁶.

Así, no sólo María «ocupa en la santa Iglesia el lugar más alto y a la vez más próximo a nosotros», según expresión de Pablo VI, que recoge el Concilio mismo, sino que también, como se desprende de las fuentes de la Revelación, el papel de María en la economía de la salvación aparece cada vez más claro, sobre todo si esas fuentes se estudian a la luz de Magisterio y de la tradición posterior²⁷.

25 O. Domínguez, 'La acción común del Espíritu Santo y de María en la obra de nuestra santificación y en la vida de la Iglesia', *Ephemerides Mar.* (1978) 215-57.

26 *Lumen gentium*, n. 54.

27 *Ibid.* n. 55.

Ya no es sólo que sea la mejor flor y el mejor fruto de la Redención, sino que como quieren los Santos Padres «María no fue sólo un instrumento puramente pasivo en las manos de Dios, sino que cooperó a la salvación de los hombres con fe y obediencia libres»²⁸. Creyendo y obedeciendo, engendró, cubierta con la sombra del Espíritu Santo, al Hijo del Padre encarnado, y lo dió a luz como primogénito entre muchos hermanos, es decir, los fieles «a cuya generación y educación coopera con amor materno»²⁹.

Por eso no pocos Padres afirman gustosamente, siguiendo a San Ireneo, que lo que Eva deshizo, María lo restauró, «obedeciendo se convirtió en causa de salvación para sí misma y para todo el género humano»³⁰.

2. LA URGENCIA DEL PRINCIPIO DE RECIRCULACION SEGUN LOS PADRES. ANALOGIA Y CAUSALIDAD

El principio de consorcio y recirculación tiene en los Padres, singularmente en San Justino y San Ireneo curiosos y muy originales matices de aplicación. Los que estudiados en profundidad se prestan admirablemente a poner de relieve la trascendencia del papel jugado por María en la obra de restauración, destacando así la excelentísima y singular posición que ocupa en la obra redentora, tanto en su fase de adquisición de gracia, o vuelta a la reconciliación con Dios, como, en la de distribución de los frutos de la Redención, así en la redención activamente considerada como pasivamente.

No son pocos los que han estudiado el tema, tanto antes como después del Conc. Vat. II. Excedería los límites de mi trabajo prestar atención a todos ellos. Pero para los fines del mismo y por tratarse de uno de los más eximios conocedores de la antigüedad cristiana, concretamente de San Ireneo, recojo en sustancia lo que el P. A. Orbe³¹ dice a este propósito, analizando lo que este insigne Padre de la Iglesia dejó escrito sobre el paralelismo Eva-María.

Lo que Cristo es para Adán, eso sería Eva para María, con la particularidad de que lo más y lo mejor están en Cristo y en María, superando en ellos el bien de la gracia que salva al daño del pecado que pierde. Como está a una incomensurable mayor altura María respecto de Eva, no digamos el Nuevo Adán respecto del viejo.

Más ganó María creyendo y obedeciendo, que no perdió Eva desobedeciendo. Eva era aun virgen cuando cometió su pecado y contribuyó así a nuestra ruina; María era también virgen cuando comenzó a cooperar a nuestra salvación por un acto de obediencia

28 LG., 56.

29 LG., 63.

30 PG 7, 959, A.

31 A. Orbe, 'La Virgen María abogada de la virgen Eva. Adv. haer. V, 19, 1', en *Gregorianum* (1982) pp. 453-506.

virginal. El engaño de Eva se deshizo mediante la Verdad acogida por María. Vírgenes ambas, estaban sin embargo unidas en matrimonio.

En premio a su obediencia virginal, evangelizada por el Angel bueno, María mereció llevar a Dios en su seno, y no sólo el Espíritu de Dios como los profetas, o el espíritu de adopción, sino que realmente deviene Madre de Dios, al que lleva en sus entrañas.

Si Eva resultó ocasión de muerte, María resultó causa de vida, pues Cristo se hace vida nuestra mediante la mujer María. Ella desata el nudo de pecado con que Eva había atado a todo el género humano.

Nota Ireneo que tanto en un caso como en otro hubo verdadera causalidad: causa de perdición Eva, causa de salvación María.

Y tanto como hay que destacar la relación causal de la incredulidad y desobediencia de Eva con su pecado, otro tanto hay que destacar la relación entre la credulidad y obediencia de María. Su fe nos salva: creyendo y obedeciendo «et sibi et universo generi humano causa facta est salutis»³².

Causalidad de eficacia universal —nota Orbe— porque nos afecta a todos, pues, en cuanto toca a ellas, la eficacia es universal. Y es de notar la insistencia de San Ireneo en destacar que nuestra reconciliación con Dios por Cristo no recae directamente sobre nuestras personas, como tampoco se realiza directamente por su persona o, por mejor decir, en su persona, sino en su carne y sobre nuestra carne o naturaleza humana. «In corpore carnis eius», se vio reconciliada derechamente nuestra carne pecadora.

De igual manera, hay que decir que María contrarresta la acción de Eva directamente en su naturaleza y no en su persona. Si bien, abogando directamente por la naturaleza pecadora, queda defendida *ipso facto* la misma persona de Eva. Como por la fe y obediencia de María, que ponen en paz con Dios o reconcilia con él la naturaleza humana pecadora de Eva, quedan también reconciliadas las personas. Pecaron las personas en su naturaleza humana, y cargó ésta con la consecuencia de ese pecado, entrando en el reino de la muerte. Pues arrastrando en su pecado Eva a Adán, su esposo, ya toda su descendencia, porque de naturaleza humana, quedó sujeta al pecado y por ende a la muerte.

Viene la Virgen con su fe y su obediencia a la palabra de Dios por el Angel, y pone un acto tan grato a Dios que le mueve a encarnarse en sus entrañas, para hacerse medianero nuestro ante el Padre, y hacerse «*placatio pro delictis nostris*» por el sacrificio de la carne recibida de María, «*in corpore carnis eius*». La reconciliación

32 No es improbable, como hace notar J. A. de Aldama en su preclaro libro: *María en la patristica de los siglos I y II*, p. 282 que en vez de *sibi* haya que leer aquí *ipsi* (es decir, Eva). Y remite a *Eph. Mariol.* (1966) 319-32. También lo hizo notar, al leerse este trabajo, el P. Pozo en la sesión de la Semana.

la obra Cristo Jesús, Salvador nuestro, pero por el sacrificio de su carne, que recae, en directo, más sobre lo natural que sobre lo personal nuestro.

Aplicando esto de un modo analógico a María Santísima tiene esta versión: Creyendo y obedeciendo a Dios se hace María acreedora a que el Verbo se encarne en sus entrañas. Se hace digna Madre suya. Pone un acto tan grato que le mueve a meterla de un modo activo en todo el proceso de la obra redentora, convirtiéndola en abogada y mediadora nuestra bajo la dependencia del Hijo.

Y por lo que María aboga y media directamente, no es por la persona de Eva sino por la naturaleza de Eva, y consiguientemente por toda la naturaleza humana. Y ello en virtud de un acto personal, sí, pero puesto directamente por su naturaleza humana, y así su eficacia redentiva alcanza a toda la naturaleza humana, «et sibi et universo generi humano causa facta salutis».

La mediación salvífica del Hijo se extiende a la Madre, en plano de absoluta dependencia, pero también de auténtica participación mediadora causativa de redención. La redención la alcanza a ella tan de lleno, que en ella la gracia se adelanta a la culpa, y queda tan llena de ella que, sobre ser redimida, se constituye también en correderentora. ¿Cabe imaginar expresión más alta de la obra redentora de Cristo?

3. DE EVA A MARIA. ANTITESIS PERFECTA

Por los dos sexos aconteció la decadencia de la primera creación; y, en la promesa salvífica de Dios, aparece ya, junto al nuevo Adán, la nueva Eva inaugurando la nueva creación. Por los dos sexos el pecado, por los dos sexos la gracia, por ambos la ruina y por ambos la restauración. «Vino (Cristo) —dice San Agustín— a liberar a la criatura que por la mujer había caído. Por eso, queriendo conducir a ambos sexos a la esperanza de la renovación y de la reparación, eligió para nacer en él al sexo viril, y para nacer por él al sexo femenino»³³. Y más concisamente en otro lugar: «Por una mujer vino la muerte; por otra mujer, la vida»⁴³.

Ahora bien. Si a través, sobre todo, de las epístolas paulinas, está clarísimo que la obra entera de Dios culmina en Cristo, el Nuevo Adán, del que reciben consistencia todas las cosas (Col. 1, 16-17), porque todo ha sido hecho en El y por El, y El ocupa el primer plano no sólo en la economía de la naturaleza sino también de la gracia; María, la Nueva Eva, en virtud del principio de recirculación, aplicado por Dios a la restauración del orden perturbado por el pecado y a la instauración de la economía de la gracia, según desde muy temprano lo entendieron los Padres, v. gr. San Justino y San Ireneo,

³³ PL 38, 105.

³⁴ Ibid., 1108.

ocupa en el plano redentivo, trazado y realizado por Dios en su Cristo, un puesto del todo singularísimo, tanto si la Redención se contempla activa como pasivamente.

En orden a Cristo y con subordinación a Cristo es pensada desde toda la eternidad y predestinada a ser Madre del Salvador y, por tanto, puesta, según el principio de recirculación, en un orden paralelo aunque antitético al de Eva. Si ésta, según se desprende de la lectura del Génesis, recibe el ser con dependencia de Adán con vistas a ser madre y coprincipio de todos los vivientes de la especie humana, también María lo recibe por y con subordinación a Cristo. Y si Eva no sólo es víctima del pecado de Adán, sino también cooperadora con él a nuestra caída, la Virgen María, no es sólo fruto excelentísimo de la redención pasivamente considerada (nadie como Ella participó de la eficacia redentora de la Cruz de Cristo: como liberación del pecado, hasta el punto que de él fue preservada inmune), sino también causa cooperante de la redención activamente considerada o vista en su aspecto positivo y más valioso: el de comunicación de una nueva vida, la vida de la gracia, por lo que se le dice con propiedad *Mater divinae gratiae*, verdadera Nueva Eva.

A un Adán otro Adán, a una Eva otra Eva, la obediencia donde la desobediencia, donde una virgen peca otra Virgen que salva, donde un árbol otro árbol, a una madre otra Madre. Así los dos sexos contribuyen a la perfecta restauración de la imagen de Dios.

Tengo un regusto especial, ya que trato de poner de relieve la parte que cabe a María en la obra de nuestra reconciliación con Dios, tanto en su fase de culminación histórica, a la hora en que el Verbo se encarna en sus entrañas tomando de ella la humanidad que ofrecerá en sacrificio de expiación y de redención por nuestros pecados, como en la contemporaneidad que esa cooperación y ese sacrificio tienen o reciben, en y a través del sacramento de la Iglesia, destinada precisamente a hacer perenne la obra redentora, que dijo el Vaticano I, *ut opus redemptionis perenne redderet*; tengo particular regusto, digo, en destacar la significación y alcance de esta cooperación, sobre la falsilla de la cooperación de la antigua Eva a nuestra ruina, ya que este es muy concretamente el propósito de este mi trabajo centrado en la cooperación de María, Nueva Eva, a nuestra reconciliación en virtud del principio de recirculación.

Y lo hago, además, insistiendo o siguiendo las huellas del gran Padre San Ireneo, al que la mariología debe en este punto una contribución tan importante, según ya hemos hecho notar con el P. Orbe, al que tomo de guía para desentrañar el pensamiento del Santo Doctor, en este punto.

Es de notar pues, con San Ireneo, que Cristo nos reconcilió con Dios con la eficacia de su carne sacrificada sobre la Cruz, *in corpore carnis eius*. Actúa la Persona, pero directa e inmediatamente es su cuerpo sacrificado el que sirve de medio de reconciliación. De ahí la importancia del *sacramentum Passionis* en nuestra salvación.

Y acto seguido traslada a María el pensamiento que quiere expresar, que no es otro que el de contraponer el papel de la Nueva Eva al papel de la Antigua, resaltando que si María es antídoto del mal que nos causó Eva, hasta convertirse en *abogada* (el término es propio de San Ireneo) suya, lo es no volviéndose *directamente* hacia la persona sino hacia su naturaleza. Aboga directamente por la naturaleza, queda ipso facto defendida la persona, más interesada en ella». Y es así como por la obediencia y la fe de María, la naturaleza humana recibe de un modo eficaz su salvación por medio de María.

De haber pecado sólo Eva y no Adán —añade el Santo— o, dicho de otro modo, si la desobediencia virginal de Eva no hubiera seguido la matrimonial de Adán y Eva, en ese caso «no habría por qué comprometer al segundo Adán en la obediencia hasta la muerte de Cruz». No pecando Adán, sólo ella habría incurrido personalmente en la muerte. Y para el triunfo sobre su pecado y su muerte, la del segundo Adán no habría sido necesaria. Habría bastado con la obediencia virginal de María³⁵.

Contra una desobediencia virginal, otra obediencia virginal, dice Ireneo. Desobediencia de Eva, obediencia de María. Pero ante el hecho real de que en la transgresión se hace también presente Adán con su desobediencia, entonces, y dado que Eva era mujer de Adán, con él desposada, ambos a dos se comprometieron en el pecado y quedó comprometida, en ellos y por ellos, toda su descendencia. No pecó Eva precisamente en cuanto «uxor» o esposa, pero sí pecó en cuanto Eva y mujer desposada con Adán. Y su pecado, como pecado de Eva, era ya en ella pecado de naturaleza humana y pecado de la esposa de Adán. Quien por haber pecado también pasó su pecado en línea paterna sobre la naturaleza humana de todos sus descendientes.

Análogamente, estando al pensamiento de San Ireneo, tal y como lo analiza y expone el P. Orbe, aun cuando lo que mereció María por su obediencia virginal no lo mereciera en cuanto «uxor» de San José, del que era verdadera esposa según la ley; de hecho era también la naturaleza humana de la mujer de José la que obedecía y merecía ante Dios.

Y la eficacia de su obediencia, meritoria para con los hombres todos, está en que, desposada con José, mereció, por su matrimonio, en virtud de su fe obediente a la palabra del Ángel ser madre virginal de Jesús, y Madre, para siempre, también de todos los descendientes o regenerados por el Nuevo Adán. Su obediencia virginal prepara pues el nacimiento del Nuevo Adán y origina un linaje distinto del de José, pues es ajeno a la paternidad de éste según la carne. Y los misterios que se obran en su carne la afectan como de la

35 A. Orbe, loc. cit., pp. 481-83.

familia del marido, y la bendición que recae sobre ella, *in carne*, alcanza también a José y a través de él a todos sus antepasados hasta Eva. Goza pues María de una eficacia universal para cooperar a la salvación de todo el género humano, el que la precede y el que la sigue, y todo en premio a su fe y a su obediencia a la palabra del Ángel.

Entre Cristo y Adán se da una reconciliación perfecta y estricta, dada la identidad perfecta de carne, en la que Cristo se ofrece como «placatio pro delictis nostris» Col 1,22. Y es así, a través del sacrificio de su carne, como resulta mediador y abogado nuestro ante el Padre, intercediendo eficazmente por toda la naturaleza humana. Pero Cristo, único mediador riguroso ante el Padre, quiso extender su mediación reconciliadora y salvífica hasta su Madre, justamente por su condición de Madre del Salvador.

4. ALGUNAS PUNTUALIZACIONES SOBRE EL PARALELISMO EVA-MARIA

No media pues María con la mediación propia de Cristo, sino con una mediación participada de Cristo, criaturalmente y de un modo cuasi sacramental, pero realmente eficaz.

La mediación de Cristo, constituido mediador entre Dios y los hombres, comienza ya en la Encarnación; pero sólo en la cruz es donde Cristo realmente nos reconcilia con el Padre, sometiéndose a la muerte en un acto de obediencia reparadora. La de la Virgen comienza cuando creyendo y obediencia a la palabra del Ángel en la anunciación fué constituida Madre de Cristo Salvador.

Puede discutirse si María fue plenamente consciente de la transcendencia salvífica de su Sí, de su misión de Madre de un Hijo votado a la muerte. Hay razones para opinar, y así opina Orbe (opinión a la que me adhiero) que sí lo fue, y agrega, en síntesis, este comentario: Abrahán en su fe, obediente al mandato divino, pudo aceptar, en el sacrificio de su hijo, el sacrificio del Hijo de Dios en la cruz para la redención del hombre. «La visión profética del patriarca descubría el misterioso lazo (de tipo o de figura) que ligaba su sacrificio al del Calvario. ¿Es aventurado atribuir algo similar a la Virgen María? Situada en la plenitud de los tiempos, y tan llena de gracia, su obediencia fue cualificada, y más que la de Abraham. Luego parece obvio que también la Virgen entendiérase la transcendencia de su obediencia. Y por lo mismo fuese iluminada sobre la eficacia de la intercesión vinculada por Dios a su acto»³⁶.

En síntesis, digamos pues, resumiendo el pensamiento de San Ireneo y lo que está como exigiendo el principio de recirculación (según el cual Dios dispuso que por los mismos caminos que nos vino la perdición nos viniese la salvación) aplicado a la presente economía redentora, que si en castigo de su obediencia, Eva introdujo la

36 Orbe, loc. cit., 487 ss.

muerte en el mundo; por su obediencia y en premio a su fe, María introdujo de nuevo la vida. Se hizo para sí y para todos los hombres causa de salud con causalidad de verdadera eficiencia moral. Y los dos títulos de esa eficacia, dentro del paralelismo Eva-María, los señala el P. Orbe diciendo: María; *Virgen esposa* actúa con eficacia sobre las generaciones que van de José hasta Adán; y *Virgen Madre*, actúa también con eficacia sobre todas las generaciones a partir de Jesús.

Y aunque no es tan fácil conexionar y poner en paralelismo la desobediencia de Eva que precipita a Adán en su transgresión, con la obediencia de María apuntando al sacrificio de Cristo en la Cruz, pues en Eva está la esposa de Adán y en María está la Madre Cristo, lo cierto es que ese paralelismo se da, esa conexión existe y María actúa representando a la mujer en su papel de Nueva Eva.

Y entiéndase bien lo que queremos decir. No que María esté en la historia de la salvación únicamente como representante de la mujer, de lo femenino, en cuanto contrapuesto o distinto de lo masculino; pues lo humano comprende la dualidad armónica y complementaria de ambos sexos, sino sencillamente que, aun debiendo considerar a María como representante de toda la humanidad, o hablando y actuando en nombre de todos los hombres (razón por la cual debe decirse causa de salud para todos, hombres y mujeres, y modelo también para todos) esto no empiece para que, en su función de nueva Eva, lo específico y característico de la mujer, en consonancia con el designio divino de hacer concurrir a los dos sexos a la obra de la nueva creación, como concurren en la primera, según el conocido principio de recirculación, veamos en María una intervención salvadora típicamente femenina al lado del Nuevo Adán Salvador. Y, como consecuencia, veamos también en ella el modelo especialmente típico y específico para la mujer, sin perjuicio y sin olvidar que María, como es causa de salvación para todos, así es también ejemplo y modelo para todos.

Es así como María deja de convertirse en arma arrojada para una sospechosa desvalorización de la mujer bajo capa de una pretendida exaltación del papel femenino jugado por María en la historia de la salvación. Pues como advierte el P. Galot³⁷, cuando María es considerada por la tradición como «la mujer nueva», la «nueva Eva», que ha colaborado con el «nuevo Adán» a la obra salvadora, esto no va hecho ciertamente con intención de rebajar lo femenino, sino más bien con la de poner de relieve todo su valor, subrayando la grandeza de la aportación de la mujer para el destino de la humanidad.

En cuanto mujer, fue María elegida libremente por Dios para cooperar a la obra de la redención, haciéndola intervenir en la his-

37 J. Galot, 'Mission de Marie et mission de la Femme dans l'Eglise', *Ephemerides Mariologicae*, II-III (1979) pp. 103-205.

toria de la Nueva Alianza como jamás se había visto intervenir a la mujer en la historia de la Antigua.

De ahí que tampoco sea legítimo inferir nada en desdoro o inferioridad de la mujer del hecho que el sacerdocio jerárquico no le compete a ella. Pues para lo más grande a que puede ser llamada una pura criatura en la obra redentora de un Dios humanado, tanto si la redención es vista causativa o pasivamente, en la acción que redime o en el fruto producido por la acción redentora, no es el varón como tal ni en cuanto sacerdote el llamado, sino la mujer.

El puesto de privilegio pues en la obra de la salvación (la Humanidad de Cristo aparte, porque, asumida por la Persona del Verbo, sujeto de atribución de acciones teandricas) no le compete precisamente al varón, bajo ningún aspecto, ni aun el sacerdotal, sino a la Virgen en cuanto mujer constituida Madre de Dios, madre de Cristo Cabeza y madre también por consiguiente de todos los miembros que pertenecen a la cabeza.

5. ASPECTO ECLESIOLOGICO

«María y la Iglesia tienen una función de cooperación activa en la obra salvadora de Cristo, como la antigua Eva la tuvo en el pecado del primer Adán», y es mérito importante de Coathalen³⁸ —escribe el P. Pozo³⁹ haber hecho notar que, sobre un fondo ideológico común: el de ver a María y a la Iglesia cooperando a la obra salvadora de Cristo, como Eva cooperara a la obra del pecado de Adán, hay sin embargo diferencias notables entre ambas cooperaciones, no siendo posible considerarlas en un mismo plano ni como sinónimas.

Mientras que en la Iglesia esa cooperación a la obra salvadora de Cristo hace cara, fundamentalmente, al aspecto pasivo de la Redención, por la aplicación que hace a través de los sacramentos de los frutos de la misma; en María el acento se coloca en su cooperación a la obra misma que Cristo realiza, a la redención objetiva; es decir, en aquello que hace posible que haya gracias que se puedan distribuir. Está más en el momento de la adquisición que en el de la distribución⁴⁰. Lo de María y lo de la Iglesia, pues, aun conteniendo una idea común de participación en la obra salvadora de Cristo, no coinciden ni se identifican, pues pertenecen a dos esferas distintas de cooperación.

Declarando a María «Madre de la Iglesia» Pablo VI no intentó, ni mucho menos, sacar a María fuera de la Iglesia, cosa que tampoco intentaban los teólogos que a la hora del Vaticano II se afanaron por

38 H. Coathalem, *Le parallelisme entre la Sainte Vierge et l'Eglise* (Roma 1954) p. 23.

39 C. Pozo, S.I., *María en la historia de la salvación* (BAC 194, Madrid) p. 34 ss.

40 Coathalem, loc. cit.

41 Pozo, ibid., p. 38.

darle a María un esquema aparte, y no sólo un capítulo más dentro del esquema De Ecclesia. Pero sí que parece claro que lo que intentó fue revalorizar la cooperación de María a la obra salvadora de Cristo, poniéndola tan cerca de éste, por razón de su maternidad divina (que la introdujo en el mismo orden hipostático del Hijo) que se evitase la tentación de reducirla a ser simple cooperadora en la distribución de las gracias merecidas por la Pasión de Cristo (papel que sacramentalmente desempeña la Iglesia) cuando la verdad es que la cooperación de María precede a esa distribución, pues concurre causalmente, aunque con subordinación a Cristo, a la adquisición de las gracias que han de distribuirse y, por ende, también al nacimiento de la Iglesia, razón por la cual es llamada Madre de la misma, y no sólo de cada uno de los miembros que la componen; y por esta su dependencia de Cristo y el estarle tan íntimamente unida en el momento activo de la Redención es por lo que la cooperación y la posición de María excede con mucho a la de la Iglesia.

Y es que de María, como se ha observado muchas veces, pueden decirse, en relación con Cristo, cosas mucho más altas y sublimes que no pueden decirse de la Iglesia misma. Suena bien lo de María Madre de la Iglesia, no tan bien lo de la Iglesia madre de María.

Cuando decimos que la Iglesia es mariana —escribe Journet— queremos significar que María está dentro de ella y que, además, le comunica de lo suyo. No está solo como tipo o como modelo. Está también como madre de la misma, en cuanto Madre del Redentor, que no sólo da vida a éste sino que también, consintiendo en ser Madre de tal Hijo Redentor, acepta su obra redentora, por la que tendrá ser la Iglesia, mediante el sacrificio de la Pasión y muerte en Cruz, padecida en la carne recibida de María, ofrecida también por María. Esta queda así convertida en instrumento eficaz de redención para la Iglesia toda. Tan altamente redimida, que sobre redimida se hace corredentora y madre de los redimidos.

Hay que decir por consiguiente que María no está sólo *delante* de la Iglesia, sino que está ante todo *en* la Iglesia. No es sólo un *objeto* del que la Iglesia saca fe y amor, sino que es sobre todo una virtud y una *forma modalizante* de la que procede la fe, el amor y la acción de la Iglesia.⁴² Y es por esta virtualidad modalizadora o arquitectónica que la Virgen desempeña en la Iglesia, por lo que puede decirse no sólo que ella es mariana sino que la Virgen es Madre de la Iglesia, y que como con María empieza la Redención así empieza la Iglesia. «La Encarnación es, en efecto, —decía Juan Pablo II el 23 de marzo de 1983— el comienzo de la Redención... porque el que es anunciado y se encarna lo es como Redentor y Salvador de toda la Humanidad. Basta que María pronuncie su *fiat*, para que inmediatamente el Verbo se haga hombre y dé comienzo el misterio

42 Ch. Journet, op. cit., II, p. 428.

redentor, en el que debemos ver siempre en posición de evidencia primaria a Jesucristo, como Hijo de Dios que se encarna, y, junto a El, aquella que coopera a la Encarnación entregándole con amor de Madre su misma carne»⁴³.

Misterio redentor y redentivo que, pese a lo singular de la manifestación que tuvo en María, no debe aislarse ni verse nunca con independencia del misterio redentor de Cristo. Ambos a dos —añadía el Papa— son solidarios e inseparables, como lo son Encarnación y Redención. «Desde Nazaret al Calvario existe, en efecto, una línea de ordenado desarrollo, en la continuidad de un indiviso e indivisible designio de amor. Y por esta causa, volveremos a encontrar en el Calvario a María, que allí se manifiesta justamente como Madre, vigilando y orando junto a la cruz del Hijo moribundo, y al mismo tiempo como «socia», es decir, como colaboradora de su obra salvífica, *sirviendo bajo El y con El, por gracia de Dios omnipotente, al misterio de la Redención*».

Asociación fundada en una singular disposición divina, explicable a partir de ser María *digna* Madre de Dios, y consonante con el llamado *principio de consorcio y recirculación* vigente en la economía salvadora⁴⁴.

Es este principio el que justificaría o explicaría de alguna manera, si justificación puede tener lo que depende de una gratuita y libérrima disposición divina, el papel de abogada y mediadora nuestra, que también los Padres, muy concretamente, San Ireneo atribuyen a la Virgen. Con su obediencia y su fe, María deshace la desobediencia y la incredulidad de Eva, y se convierte en abogada de la naturaleza humana caída. Esa obediencia —nota Orbe⁴⁵— no parece pueda decirse propiamente un acto de intercesión, pero sí fue un acto tan grato a Dios que le movió a compadecerse de nosotros, dando a María no una mediación salvífica rigurosamente tal (pues único es el Mediador ante el Padre, Cristo Jesús) pero sí una mediación eficaz, en paralelismo con la eficacia del pecado de Eva para causar nuestra ruina, subordinadamente al de Adán.

Entre Cristo y Adán, hecho *placatio pro delictis nostris*, se da una reconciliación estricta, por la perfecta identidad de carne: carne inocente contra carne pecadora. Es la persona de Cristo la que redime, pero «in corpore carnis eius». El título redentor está en el sacrificio o sangre redentora de Cristo sobre la Cruz.

María, encuadra de lleno en la economía sacramental de la salvación, participa de la mediación salvífica de Cristo por el título de ser Madre suya. Fue ella la que ofreció la carne del sacrificio. Cristo es constituido Mediador en el momento mismo de la Encarnación,

43 Cf. *Ecclesia*, (2 abril 1983) p. 7.

44 Cf. Manuel Cuervo, *Maternidad divina y Corredención mariana* (Pamplona 1967) pp. 210 ss.

45 A. Orbe, art. cit., pp. 481 ss.

que le unge sacerdotalmente para el sacrificio de la Cruz, pero formalmente la mediación redentora no está en la Encarnación sino en la Cruz, en la Pasión y Muerte del Redentor, a las que se somete en un acto de obediencia reparadora.

María, como digna Madre de Dios, creyendo y obedeciendo a la palabra del Ángel en la Anunciación ejerce ya su mediación. Y hay base para pensar que en esa su condición de *digna* Madre de Dios María tuvo conocimiento de la transcendencia de su Sí, un sí maternal para un Hijo Redentor. Y como no es aventurado opinar que Abraham entrevió proféticamente en el sacrificio de su hijo Isaac la figura del misterioso sacrificio del Calvario, tampoco lo es pensar que María entendió también la transcendencia de su obediencia, de su Sí a la Encarnación, de su Sí a la Redención por el sacrificio del Hijo al que donaba su carne.

Análogamente María, estando al pensamiento de Ireneo, siendo esposa de San José, no es que su obediencia fuera meritoria por esposa de San José, pero sí que, siendo auténtica esposa suya según ley, era también la naturaleza humana de la mujer de José la que obedecía y merecía ante Dios. Y de este modo su fe obediente le merece eficazmente ser madre virginal para siempre de todos los descendientes de Adán. Los misterios que se obran en su carne la afectan, al decir del P. Orbe siguiendo a San Ireneo, como de la familia del marido; y la bendición que recae sobre ella, en su propia carne, alcanza también a José y a todos los antepasados hasta Eva, mientras que de paso, por esa misma obediencia virginal, prepara el nacimiento del Nuevo Adán y origina un linaje distinto del de José, pues es ajeno a la paternidad de éste *secundum* carnem.

Goza pues María de una eficacia universal para cooperar a la salvación de todo el género humano, el que le precede y el que le sigue, por esa su obediencia en fe a la palabra de Dios. Resumiendo: Eva, por su desobediencia introduce como castigo la muerte en el mundo; por su obediencia en fe, la Virgen María introdujo nuevamente la Vida: «hizose para sí y para todo el linaje humano causa de salud, con causalidad universal y eficaz de suyo».

Redimir no es otra cosa que conseguir que el hombre vuelva a Dios, reconciliándose con él, y que Dios se dé de nuevo al hombre, concediéndole su perdón y su gracia.

Y lo que desde toda la eternidad estuvo previsto, es decir, la reconciliación de todas las cosas con Dios en su Cristo, comenzó a ser realidad en el tiempo justamente, del modo más eficaz y sublime, en María Santísima que, por destinada a Madre de Dios y en previsión de los méritos del Hijo, comenzó siendo inmaculada, esto es inmune del pecado original (redención anticipada), dispuesta así, como luego por el acto personal de su fe obediente a la palabra del Ángel, para ser digna Madre de Dios, y cooperadora a la obra redentora misma, pues su Sí a la Encarnación lo da para una encarnación redentora, para el Hijo que venía a ser Redentor, al que ella ofrece

su carne en la que se consumará formalmente la Redención, mediante el sacrificio del Calvario.

María es pues —digamos con Juan Pablo II, promulgando el Año Santo de la Redención— el «vértice de la Redención», «el fruto más sublime de la Redención», la «primera redimida» la que como Madre de Cristo, Madre de la Iglesia y Madre nuestra puede como ninguna otra criatura es hacer nuestros los frutos de la Redención, haciendo que el misterio redentor de Cristo se haga cosa nuestra, pues por quien nos vino el Redentor es lógico nos venga también la gracia que redime.

De ahí que los ojos del cristiano se vuelvan naturalmente hacia María como a áncora de fe y esperanza de salvación.

Por ser Madre de Cristo, María es Madre también de todos los que son de Cristo —dice San Pío X, en la encíclica *Ad diem illum*, de 2 de febrero de 1904—. La Madre del cuerpo físico de Cristo es también la Madre de su Cuerpo Místico. La maternidad espiritual de María, que tiene su fundamento en la Encarnación, recibe su consagración definitiva sobre el Calvario, al pie de la Cruz Redentora, cuando del costado abierto de Cristo crucificado nace la Iglesia y, junto al Nuevo Adán, está la Nueva Eva para obrar la regeneración espiritual implicada por la obra redentora a través de un misterio de dolor y de muerte que germina en gracia, vida y gloria de resurrección.

«El *Corpus Mysticum Christi* no es sólo el principio sobrenatural, sino también el compendio de la distribución de la gracia salvadora en la presente economía divina; y, según los planes de la eterna sabiduría, la Madre de Dios interfiere de tal manera en esa economía, que la ordenación de la gracia en Cristo ya no se realiza sin María»⁴⁶.

La regeneración implicada por la obra redentora es tal, escribe Scheeben, que supone para María una actividad verdaderamente maternal, por la que «contribuye a la adquisición de la vida espiritual por parte del redimido como una madre natural concurre a la adquisición de la vida natural por parte de sus hijos; y obra con Cristo, progenitor espiritual de la humanidad redimida, como anillo orgánico de conjunción entre él y sus hijos, de la misma manera y con la misma eficacia que una madre concurre con el padre a la procreación natural. Como Cristo engendra paternalmente a la nueva humanidad... con su Pasión; así María la engendra maternalmente participando de los dolores del Redentor», es decir con su compasión.⁴⁷

Y como el Cuerpo Místico de Cristo no se resuelve en pura relación social, moral y jurídica, sino que es algo más profundo y mis-

⁴⁶ Friedrich Jurgensmeier, *El cuerpo místico de Cristo* (Buenos Aires 1956) pp. 327-28.

⁴⁷ Scheeben, *Dogmatik*, III, p. 614.

terioso, implicando una ontología característica, muy real aunque inefable, así la maternidad espiritual o mística de María implica una realidad y una relación que es, al decir de Jurgensmeier, ontológica en la misma medida que es ontológico el Cuerpo Místico»⁴⁸. Y lo que culminó y se consagró en el Calvario se prolonga y actúa constantemente a través de la conservación, evolución y crecimiento del Cuerpo Místico.

6. INTERCESORA CELESTIAL

De ahí que el espíritu de aceptación, ofrenda y servicio que caracteriza la cooperación de María a la obra de nuestra salvación, trascienda los límites de su existencia terrena y abarque la economía entera de la gracia en el misterio de su aplicación a nosotros por medio de la Iglesia, sacramento de salvación universal, de la que María es Madre, y en el misterio de su asociación celestial a la intercesión de su Hijo.

Ella sigue viva, como nos dice el Vaticano II, intercediendo por nosotros, por lo que la «maternidad de María en la economía de la gracia perdura sin cesar, desde el asentimiento que prestó fielmente a la Encarnación y que mantuvo sin cesar al pie de la cruz, hasta la consumación perpetua de los elegidos. Pues, asunta en los cielos, no ha dejado esta misión, sino que con su múltiple intercesión continúa obteniéndonos los dones de salvación eterna»⁴⁹.

Y los que la reconocemos por Madre y la rendimos un culto especialísimo como a criatura singular, «excepcional» y única en todo, como fieles devotos suyos, hemos de convertir esta devoción no sólo en culto sino también en imitación de la Señora. Primero, para copiar en nosotros los sentimientos de humildad, de obediencia, de fe, de esperanza y de caridad con que ella cooperó a la redención; y, luego, depositando en ella nuestra esperanza, a fin de conseguir que la sabiduría de la Cruz informe nuestra cultura y la santidad de la Iglesia sea consumada de la base al vértice como lo fue en María, donde esa santidad alcanzó su plenitud.

La devoción y el culto a la Virgen —decía Juan Pablo II en su viaje apostólico por Brasil, ante el Santuario de la Bien Aparecida—, ha de ser recurso poderoso de evangelización, anunciando la salvación por la Cruz de Cristo, «fuera del cual no hay salvación» (cf. Act 4, 12), y ha de tener un valor de signo para calibrar la específica conciencia religiosa y católica de un pueblo, y del pueblo cristiano en general.

«Madre de la Iglesia —añadía— la Virgen Santísima está presente de un modo singular en la vida y en la acción de la Iglesia. Y justamente por eso la Iglesia vuelve siempre sus ojos hacia Aquella

⁴⁸ Jurgensmeier, ob. cit., pp. 328-29.

⁴⁹ *Lumen gentium*, n. 67.

que, permaneciendo virgen, engendró por obra del Espíritu Santo al Verbo hecho carne. ¿Y cuál es la misión de la Iglesia sino la de hacer nacer a Cristo en el corazón de los fieles (cf. LG, n. 65) por la acción misma del Espíritu Santo y mediante la evangelización?».

He ahí por qué, inmersos como estamos en una sociedad religiosamente un poco amorfa y desvañida, los que constituimos la actual generación de discípulos de Cristo, hemos de permanecer unidos a María a impulsos de una profunda necesidad de fe, de esperanza y de caridad. El mismo Juan Pablo II, hablando en Notre Dame de París, en mayo de 1980 se disponía a hablar en el palacio de UNESCO, recordaba que no es posible una auténtica promoción de los valores humanos, haciendo abstracción de los religiosos y proponía el ejemplo y la persona de María para un trabajo eficaz en pro no sólo de la dignificación de la persona humano sino también de la reconstrucción de la misma sociedad humana.

«Dejádme —decía textualmente—, queridos hermanos y hermanas, que salude con vosotros a María, Madre de Cristo. La primera medida de la dignidad del hombre, la primera condición del respecto a los derechos inviolables de la persona humana, la de el honor que se tributa a la Madre. Es el culto a la Maternidad. No hay posibilidad de arrancar al hombre de este su comienzo humano... Bienaventurada tú, oh María, porque has creído. El que tú llevas en tu corazón como fruto de tus entrañas, saldrá a luz la noche de Belén. Anunciará luego a los hombres su Evangelio y subirá a la cruz... Y es en El donde se hará patente hasta el extremo la verdad sobre el hombre, el misterio del hombre, su última y su más alta vocación».

No es proponiendo a María como signo o gonfaloniere de la lucha de clases dando no sé que interpretación marxizante a ciertos versículos del Magnificat, como verdaderamente se hace Evangelio y se trabaja por la causa de la justicia, que es ante todo justicia que hace santos. La fuerza moral y espiritual de María es otra cosa. Por eso tenemos que interrogarnos, dijo también el Papa en la ocasión citada, «en nombre de qué derecho esta fuerza moral, esta disponibilidad para la lucha por la Verdad, esta hambre de justicia, han sido sistemáticamente desgajadas de las palabras de la Madre que venera a Dios con toda su alma, mientras lleva en su corazón al Hijo de Dios. ¿Con qué derecho la lucha por la justicia en el mundo ha sido puesta bajo el signo de una programación que niega sistemáticamente a Dios, metida en un programa que prevé la impregnación ateísta de los hombres y las sociedades?».

A María hay que acudir y con María hay que estar ante todo con espíritu de fe, de fidelidad, de oración y de amor a Dios. Como lo estuvieron los Apóstoles reunidos en torno a Ella en el cenáculo, como lo estuvieron los primitivos cristianos, como lo está la Iglesia. «Sí, en este período difícil —leemos en la *Redemptor hominis*— difícil y capital de la historia de la Iglesia y de la humanidad, sentimos una necesidad especial de volvernos hacia Cristo, que es el Señor de

la Iglesia, y el Señor de la historia humana en virtud del misterio de la Redención. Y nosotros creemos que nadie mejor que María puede introducirnos en la dimensión divina y humana de ese misterio. Porque nadie como María fue introducida en él por la mano del mismo Dios. Es en esto en lo que consiste el carácter excepcional de la gracia de la maternidad divina. Y no es sólo la dignidad de esta misma maternidad lo que es único y absolutamente singular en la historia del género humano, sino que lo que es único también por su profundidad y la amplitud de su acción, es la participación de María en el designio divino de salvar al hombre a través de la Redención».

Dicho en breve y en conclusión: María es realmente primicia y vértice de Redención y, quizás más que nunca, también para nosotros, hoy, esperanza de salvación.

La función reconciliadora de la Virgen María
en el auto sacramental de Calderón
«La primer flor del Carmelo»

Por L. M.^a Herrán